

## SOÑADORES DE AYER

La tarde invernal se manifestaba con toda su fuerza; campeaba la lluvia, intensa, sumada a un aire gélido y ventoso, más una oscuridad acechante. Eran condiciones para permanecer en casa, a buen recaudo y cerca del calor de la lumbre, proporcionado gracias al carbón piedra que ardía en las chimeneas. A eso se debía que las calles de la villa permanecían desiertas, sin que tampoco se oyera el habitual golpeteo de los cascos de los caballos sobre los adoquines. El circunstancial silencio ambiente pronto sería invadido por la tormenta. En la costanera del Támesis todavía se veía fluir el agua en calma; los pescadores y transportistas habían atracado o recogido temprano sus barcos, advertidos de la inminente inclemencia climática. Un par de horas antes de que la prisa del viento trajera la lluvia, dos hombres oprimidos por sus pensamientos, sobrecargados de inquietudes por un complejo presente y debido a sus inciertos futuros, habían salido en busca de alivio, claridad y paz, caminando por el borde del río. Uno de ellos había partido hacia el oriente, siguiendo el transcurso del agua; el otro, en sentido contrario. El primero, algo mayor que el segundo, estaba de visita en *Richmond upon Thames*, ciudad en la que años antes había completado sus estudios escolares; entonces, enviado allí por su padre, un dignatario de origen irlandés que prestaba servicios a la Corona Española. Esta vez, su presencia allí, era para saludar a la familia que lo había acogido varios años antes, aprovechando para ello unos días de descanso, después de una ardua semana de negociaciones y contactos políticos desarrollados en Londres. Después de un opíparo almuerzo y de dormir la siesta, se levantó y dio a conocer su deseo de salir a caminar por el borde

del río. Necesitaba unos momentos de soledad para reflexionar, aclarar sus ideas y despejar algunas incógnitas acerca de los desafíos -y riesgos inherentes- que enfrentaría en el inminente retorno a su patria. Este alto oficial militar requería también ordenar las conclusiones de su informe, después de las reuniones tenidas con banqueros y fabricantes de armas, tendientes a obtener financiamiento que le permitiera adquirir pertrechos militares. Los requería con urgencia, para preparar un nuevo intento de lucha libertadora, en el país vecino al suyo, después de un primer intento fallido de revolución contra las autoridades locales de la monarquía. Las condiciones exigidas por los prestamistas le parecían intolerables, porque no solo eran usureras, sino que además hipotecaban los recursos de la futura república independiente. El otro personaje, era un jovencuelo atrevido, nacido en Boston, Estados Unidos, y llegado a Inglaterra con la familia de un empresario que lo había acogido al quedar huérfano de madre a los dos años, si bien aún no decidía adoptarlo. En cuanto al padre, era un actor de teatro itinerante que desapareció a poco del nacimiento, sin dejar rastro alguno de su paradero. De modo que este mozo, si bien no le faltó educación, había carecido de afecto paternal directo y más adelante también le faltaría de su padrastro de hecho, con quien nunca logró llevarse bien. Aun así, disfrutaba de un buen pasar y de una juventud despreocupada, en la que destacaba por sus aptitudes atléticas entre sus amigos, como también por una temprana vocación literaria, mediante la que llegaría más tarde a imponer un estilo único e innovador. A poco de iniciar sus estudios universitarios, su tutor le quitó el financiamiento, por lo que debió mudarse a su ciudad natal y participar en concursos literarios usando seudónimos; así escribió su primer poemario, a los dieciocho años, bajo el nombre de “un bostoniano”. Esa

mañana había regresado a Richmond, después de un agotador viaje por vía marítima desde Boston a Londres, en busca de ayuda financiera de su madrastra, encontrándose con la dolorosa sorpresa que había muerto y que su entierro se había efectuado el día anterior a su llegada. Sintiéndose dejado de lado por el padrastro, quien no le avisó de la enfermedad de ella y ya rotas por siempre las relaciones con él, luego de visitar la tumba materna y ya avanzada la tarde, caminó en dirección al río para buscar un bar o alguna fonda donde comer. Bebió más de lo habitual y el alcohol lo transportó rápido al mundo de los sueños. Despertó dos horas más tarde por el estruendo de un trueno que hacía las veces de heraldo de la tempestad que se avecinaba. Se levantó, pagó la cuenta y se cubrió con su vieja y gastada levita; se acercó a la puerta y se enfundó su sombrero. Alguien, detrás suyo, le aconsejó que no saliera porque la tormenta ya ingresaba por la cuenca del río. Él no escuchó, pues sus sentidos estaban absortos en la pena de haber perdido a la que había sido su madre sustituta, sin siquiera despedirse de ella.

Marchaban impertérritos nuestros personajes, más preocupados por sus acuciantes pensamientos que por la lluvia que arreciaba; iban caminando sin una meta en mente y ajenos por completo a la casualidad que los llevaría a encontrarse. Ambos se apresuraron al sentir que el agua penetraba en sus vestimentas y porque también era evidente que el rigor del clima iba en aumento. Divisaron a la distancia el primer arco del puente que cruzaba el río, debajo del cual seguía el estrecho camino por el que circulaban. El oficial llegó antes a guarecerse bajo la arcada. Ya estaba allí cuando vio aproximarse una oscura silueta. Con su carácter precavido,

acostumbrado a las persecuciones y emboscadas, puso su mano sobre la empuñadura de su pistolete.

- ¿Quién va ahí? -preguntó en voz alta y con firmeza, en claro idioma inglés. -Un hombre empapado al que le urge cobijarse -respondió en la misma lengua quien recién aparecía.

El militar mantuvo su mano firme en el arma. La oscuridad le impedía identificar a su interlocutor, pero su temple le hizo mantener el control de la situación, mientras el fulano surgido de las sombras se mantenía a prudente distancia.

- ¿Qué hace usted en el exterior bajo estas condiciones? -interrogó el oficial. -Lo mismo me preguntaba yo acerca de usted -contestó el joven con desconfianza.

-Me parece que usted no es de aquí. Lo digo por su acento -observó el militar. -Intuyo que tampoco usted -respondió el mozo, aun a la expectativa.

-Antes de continuar esta conversación, le exijo identificarse -lanzó el oficial, aun presionando el arma. -Soy un estudiante de Boston, que ha llegado tarde al funeral de su madre adoptiva -aclaró el joven, en cuya voz se percibió un tono de tristeza.

- ¿Y usted, señor? -inquirió el muchacho.

-Yo soy oficial militar de un ejército sudamericano -comentó serio, sin dar información de su rango ni de su país. - ¿Y qué hace usted en Richmond, señor, si me permite? Aquí no hay más guerra que la que da el clima -acotó el joven, recuperando una expresión amable.

El militar no pudo evitar sonreír, pero la oscuridad impidió al joven ver el gesto.

-Yo cursé aquí los años finales de mi escolaridad, entre los dieciséis a dieciocho años, más o menos. He venido a visitar a la familia que me acogió entonces -se explayó el oficial, ahora distendido y quitando la mano de su pistolete. - ¿Y usted, por casualidad, fuma? -preguntó el mozo.

-Sí. ¿Quiere algo de tabaco? -ofreció el militar. - ¡Por supuesto! Muchas gracias - aceptó el joven y con rapidez lio un cigarro. Y extrayendo de su levita una petaca con licor, la extendió hacia su interlocutor en señal de retribución.

-Gracias, pero yo no bebo alcohol -señaló, negando con un gesto de su mano. -Le haría bien, para recuperar la temperatura del cuerpo -insistió el muchacho.

-Aprecio su oferta, más no. Me repondré al regresar, dándome un baño caliente - comentó el oficial. -Como usted quiera, señor -terminó sin insistir el oferente.

- ¿Y qué estudia usted? -interrogó el militar. -Por ahora he suspendido mis estudios, pero a mi regreso a los Estados Unidos, postularé a la academia de West Point -dijo el joven, sin mayor entusiasmo.

- ¡Vaya qué sorpresa! Usted tiene la misma vocación que yo -señaló el oficial, con cierto fervor. - ¡No! Por nada; es sólo para ganarme el sustento -declaró con indiferencia.

-En ese caso, mejor que no postule a su ejército. Búsquese otra profesión. ¿No tiene usted algún sueño? -preguntó con interés el militar. - ¡Sí! Mi sueño es ser escritor. Esta es mi única vocación y lo único que me importa en adelante -respondió alegre el muchacho. -Me gusta escribir cuentos con intrigas, suspenso y crímenes, que contengan personajes con mentes complejas, atribuladas; hasta siniestros.

-Entonces, dedíquese a perseguir su sueño, joven. Ponga todas sus energías en ello -sugirió el oficial. -Es muy difícil poder llevar una vida digna siendo escritor; no hay trabajo estable y la prensa paga poco y nada por las historias que publica - contestó el joven con desánimo.

-No hay sueño que valga que sea fácil de alcanzar -añadió el militar. - ¿Y usted señor, tiene también su sueño? -interrogó curioso el joven.

-Mi sueño es liberar a mi país del yugo; lograr su independencia y convertirlo en una república soberana -se exclamó el oficial como si estuviese arengando a sus tropas.

Hacía un buen rato que la lluvia había amainado. En ese preciso instante dejaba de caer agua a raudales dejando paso a una leve llovizna.

-Debo retirarme -dijo el militar. -Yo también tengo que volver -acotó el joven. Así que, adiós señor -se despidió el joven.

-Adiós joven. ¡Que tenga suerte! -contestó el oficial. -Un momento, señor. Disculpe. No me ha dicho su nombre -interrumpió el joven.

-Bernardo O'Higgins. ¡Capitán General del Ejército Patriota de Chile! -dijo el militar, acentuando con orgullo su cargo. -Y usted, ¿cómo se llama, joven? -interrogó el general. -Soy Edgar Allan Poe, señor general -respondió el joven.

El general se dio vuelta e inició su caminata. El joven se quedó viéndolo y cuando estaba a unos diez pasos de distancia, le gritó: - ¡Que se cumpla su sueño de independencia, señor general! Desde las sombras se escuchó una voz potente: ¡Que alcance su sueño de gran escritor, joven Poe!